UNA COMIDA Á TÓRTOLA VALENCIA

Doce ó catorce literatos, entre los que figuraban Jacinto Benavente, Valle-Inclán, Baroja y Corpus Barga, improvisaron y ofrecieron el miércoles pasado, á la una y media de la madrugada, una comida íntima á nuestra amiga Tórtola Valencia.

Fué una fiesta gratísima. Se comió, se cantó...; se pasó bien del todo.

Cuando el ágape concluyó, Benavente tuvo un arranque de los suyos. Se despojó de su americana y la arrojó al suelo, invitando á los demás á que también lo hicieran... Después ofreció el brazo á Tórtola y la invitó á que, sobre todas ellas, bailase con él un garrotín.

Complaciente la artista, obedeció. Fué un garrotín artístico, admirable, sin comparación...

Todos aplaudieron á rabiar... y no pasó más.

ALFONSO FOTÓGRAFO
TELEFONO 2869
FUENCARRAL 6 MADRID

SOCIEDAD ANGLO IBERICA
PARA DEJAR DE FUMAR
FASTILLAS LABOSCHIN
MADRID
PRECIO DE LA CAJA:
Dos pesetas
De venta en todas las buenas farmacias de España.

LA OFICINA
13, Paz, 13
MADRID
Tel.º 1.090
Restaurant-Cervecería-Pastelería-Licores
Casa la mejor surtida por su gran variedad en fiambres y mariscos de todas clases. Vinos finos de las mejores marcas.
GABINETES INDEPENDIENTES PARA FAMILIAS

CENTRO PERIODÍSTICO DE JOSE LEGIN
Abada, 22 -:- Kiosco frente á Apolo
Envíos de periódicos y libros á provincias

LA HOJA DE PARRA • REVISTA FESTIVA •
APARECE LOS SÁBADOS
Colaboración de los más ilustres escritores y dibujantes
Oficinas: MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO
Apartado de Correos número 547 MADRID
NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.
En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.
En Barcelona: NARCISO ESPAÑA, Kiosco EL SOL

AÑO I. Madrid, 23 de Diciembre de 1911. NÚM. 34



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.
PEDRO DE RÉPIDE
El encanto y desencanto de una noche.
CANDELARIA MEDINA
¡Nochebuena!...
CARLOS FERNÁNDEZ SHAW y RAMÓN ASENSIO MÁS
Los Juglares.
ALEJANDRO LARRUBIERA
¡Como aquella noche!...
EL ADULTERIO
Opiniones de Linares Rivas, Tomás Luceño, Eduardo Rosón, Salvador Rueda y Aniceto Llorente.
EL CONFESONARIO
Artículo de LA PRECIOSILLA.
F. GÓMEZ HIDALGO
La virtud de Perico Abad.
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA
La redondilla.
PEPE ONTIVEROS
Mis aventuras amorosas.
TOVAR, CYRANO, SANCHA, TRIS, CASTAÑO y ALFONSO
Caricaturas y retratos de Pepita Conde, Luisa Vega, La Preciosilla, Linares Rivas, Tomás Luceño, Rosón, Rueda, Llorente y otros dibujos.

5 cénts.



PEPITA CONDE

Cupletista, picaresca y hermosa, «como se ve», que en breve debutará en Madrid.



LA NOCHEBUENA

—Voy á comprarte un pandero, y un tambor y una zambomba de los más mejores que haya, pa que se chinche esa golfa que va por ahí diciendo que yo soy una persona sin circustancias ni prendas pa darles gusto á las socias.

—Y tié razón.

—Tié narices, pues con lo que á mí me sobra se darían por contentas más de cuatro pirantonas. Cuando llega algún día de éstos, ¿te falta á tí alguna cosa? ¿No te hartas, por San Isidro, de comer rosquillas tontas? Por San Antón, ¿no nos damos más pisto que las pistolas, y te pones con los bollos más hinchá que una pelota? ¿No te bajo á los Viveros, y das el golpe en la Bomba, y te comes unos chochos y te bebes unas copas? ¿No te subo hasta los Cuatro Caminos, si te se antoja, y en chuletas de cordero me gasto seis perras gordas? ¿No te llevé al Cineflúo? ¿No hemos subío al Tobogán y nos hemos bajao juntos los dos, como si tal cosa? ¿No fuimos al Poelestilo (cuando era el Salón Viztoria), pa que vieses una pieza, porque te gustan las gordas y las de entonces tenían la sal gruesa por arrobas? ¿No te das en las Kermeses más güeltas que una peonza, con tu buen chal de Manila, que paeces una manola? ¿Y no me dicen, al vernos del brazo: «¡Vaya una moza que se trái el noble amigo! De seguro que no hay polla más divertida en el barrio que la suya; y si es que hay otra, quien la tenga que la saque pa marcarse aquí una polca?» ¿No te compro unas hortensias, ú bien te doy unas tortas por la verbena del Carmen, y un melón por la Paloma, pues sé que en viendo una raja te pones talmente loca?

—Se dan casos.

—Pues, entonces, ¿qué anda graznando esa zota de que si soy un tolili que no da gusto á las socias, mejorando lo presente?

—Lo iznoro.

—¡Y bien que lo iznoras! Pero yo sé que es la envidia la que hace hablar á esa ansiosa, y es preciso que esta noche sepa de una vez la hambrona lo que son las circustancias y las prendas que me adornan. Y á más de darte el pandero, y el tambor y la zambomba, vamos á hacer una cena de esas que dejan memoria.

—¿Pero es que te ha cáido el gordo?

—No sé si el gordo ú la gorda; pero me coges con unas cuatro pelas pa tí sola y un servidor, y es mi gusto que nos las gastemos tóas.

—¿Y con eso vas á darme la cena que has dicho?

—¡Tonta! Pero... ¿y las cinco del ala que me dan por la pañosa, y las veintidós cincuenta que pués sacar por las orlas, y los diez duros que guardas en el cajón de la cómoda, no son ná? Pues son ochenta beatas, y entodavía nos sobran seis reales pa que tomemos después un coche de gomas que nos lleve hasta casita...

—Sabes que no soy roñosa, ni agarrá, ni miserable; pero, en tocante á las orlas, están en cá del *joyero* de la calle de Segovia (ya sabes) y los diez duros que tenía yo en la cómoda me se han ido poco á poco contigo, según te costa... Conque, si quiés que cenemos por esta noche unas sopas de ajo y el medio besugo que nos ha dao *esa hambrona* pa quien tiés tantas enjurias, porque la has hecho la rosca y ella te repuso que eres un desahogao y un posma, te pués ir dando en los pechos con un canto.

—Miá, Ramona. Yo comeré lo que tengas, ya que vién así las cosas; y haré lo que tú me mandes, que pa eso eres mi señora... Mas, respetive al pandero y al tambor y á la zambomba... ¡esos sí que te los compro, pa dar la murga á esa golfa!

Carlos Miranda.

EL ENCANTO Y DESENCANTO DE UNA NOCHE

I

JULIETA, sentada ante una mesa en un restaurant de noche, comenzaba á hacer tristes consideraciones acerca de la perfidia de los hombres. Juanito la había citado allí, convidándola á cenar. La hora había pasado, y Juanito no llegaba. Julieta se sorprendía de la tardanza, y se lamentaba de lo desairado de su situación. Era la primera vez que la daban mico; ¡y cuidado si ella tenía costumbre de acudir á citas!

Julieta, nueva Calipso, no podía consolarse de la ausencia de su Ulises de tanda. Y mucho más en aquella ocasión, cuando veía en otras mesas á sus amigas ocupadas en devorar la cena, acompañadas de caballeros caritativos que practicaban con ellas tres ó cuatro de las obras de misericordia.

Viendo que aquella distinguida joven tenía para ella sola una mesa y no hacía gasto, el camarero acercóse á llamarla delicadamente la atención:

—¿La señorita va á tomar algo...?

Julieta respondió haciendo mohines:

—¡Es tan triste cenar sola!

—Sí—dijo por lo bajo el mozo.—Sobre todo á la hora de la cuenta.

Al fin, atendiendo á su desesperación y á las observaciones del camarero, abandonó sus posiciones. Llena de ira y de apetito marchóse á su casa, con el decidido propósito de meterse en la cama, convencida de que la noche se presentaba de mala suerte. Una vez acostada, se haría llevar algo comestible con algo bebestible, y por primera vez dormiría como una bendita.

II

Julieta se recogió beatíficamente en sus habitaciones, con notable sorpresa de su doncella, vamos al decir.

Rosina, la criada, empezó la carrera amorosa al mismo tiempo que la que había de ser su ama. Pero mientras Julieta pudo llegar hasta la borla del doctorado, Rosita no pasó del librito de las primeras letras. Por fortuna, alcanzó franco y liberal hospedaje en casa de la triunfante Julieta, donde, dicho sea en honor de la señorita, que alguno había de tener, no había grandes diferencias entre la sierva y la señora.

Empezaba la desesperada Julieta á conciliar el sueño, cuando Rosina entró precipitadamente en su habitación.

—Mujer, mujer, despierta—dijo zarandeando á su ama con el menor respeto.

—¡Qué pasa! —contestó la señora de la casa desperezándose lentamente.

—¡Aunque te parezca mentira!

—¡Pero quién!

—Que está ahí...— y murmuró á su oido un nombre que valía por un suspiro, el del más famoso y opulento de los banqueros de la corte.

—¡Es posible! ¿No estoy soñando?

—¡Que te digo que es él!

—Voy á levantarme...

—No seas majadera. ¿Para qué?

—Tienes razón. No debo moverme.

—Tampoco te aconsejaría eso.

Y fuera se oían voces amenazando con entrar á viva fuerza, si no le franqueaban pronto la puerta del cuarto de Julieta.

Rosina hizo entrar al recién llegado, mientras Julieta decía al viejo gordo que entraba resoplando:

—Pase, marqués. No dirá que no le recibo en confianza.

Pero Julieta no era mujer para transigir así como así con un visitante de aquella categoría y de aquel peso.

—He visto un hotel muy mono en el paseo de Rosales.

NUESTRAS COCOTAS



LUISA VEGA

—Concedido—dijo el marqués, siempre resoplando como una fragua.

—Ese hotel requiere cierta decoración. Y yo también. Mis alhajas no valen nada.

—No hay que hablar d

—El paseo de Rosales está lejos. Un automóvil es indispensable.

PÓLVORA EN SALVAS



—Sí, hombre, ya sé que tienes mucha fuerza... pero no la gastes tan sin sustancia.

—Dos automóviles.

Julieta no salía de su apoteosis, y agradecía profundamente á Juanito el plantón del restaurant.

III

Serían las ocho de la mañana cuando volvieron á oirse voces en el recibimiento del cuartito de Julieta.

Rosina, que conocía la voz del recién llegado, entró precipitadamente en el aposento e su ama.

—¿Y el marqués?

—Ya se marchó. ¡Qué hombre más pesado! Si no fuera por lo que es, cualquiera le aguanta la conversación.

—Puede pasar...

—¿Quién?

—Juanito.

—¿Ese miserable? Bueno, que pase.

El permiso era inútil, porque Juanito entró en el cuarto. Venía alocado, mirando á un lado y á otro.

—¿Ha estado aquí?—preguntó lleno de sobresalto.

—Calla, hombre. No seas así. Ahora te diré quién estuvo anoche á verme. Para que veas que no me importa que seas un faltón.

—Sí sé. Sí sé quién ha estado. ¡Infeliz!

—Soy una mujer de suerte.

—Eres una prima por todo lo alto.

—La prima soy cuando recibo hambrones como tú.

—Calla. Ha venido un viejo gordo. Verdaderamente repugnante. Te ha dicho que era un hombre poderoso.

—Y me lo ha demostrado. Te convido á mi hotel y á mi automóvil.

—Desgraciada. Ese viejo es mi tío. Mi nauseabundo tío, el droguero, que se ha vuelto loco y le ha dado por ahí la chifladura. Anoche se nos escapó de casa, y hemos estado echando el bofe para buscarle. El mismo me acaba de confesar la gracia que ha hecho.

Julieta abrió cada ojo del tamaño de un duro.

Rosina hizo una observación atinada:

—Si debía haber unos cartelitos, diciendo: «No se fía, ni á los millonarios.»

III

Julieta hacía después amargas reflexiones acerca de la maldad humana.

Miraba su salto de cama que fué de finísima batista y encajes riquísimos, y era ahora un revoltijo de guiñapos sin más aplicación que para agarradores de plancha. Que era, después de todo, para lo que había servido.

—Y eso—decía—que yo conozco muy bien el corazón de los hombres.

¡El corazón! Quizás se había equivocado.

Pedro de Répide.

¡NOCHEBUENA!...

La pregunta hubiera sido tonta y no la hice. Desde luego me figuraba la contestación que habían de darme. ¿Cómo va usted á pasar la Nochebuena? Y esto, preguntado mujer por mujer, artista por artista. ¿A que todas me habrían contestado que de la mejor manera posible? Por eso decidí evitarme el trabajo de ir preguntando de puerta en puerta y de corazón en corazón...

¡Alegría! Esa es la madre de todas las fiestas y esa es la que os aconsejo que tengáis en esta noche; y si á esa alegría acompaña la esperanza, y si esperanza y alegría van adobadas con un poquito de amor y un mucho de ilusión, la Nochebuena es infalible.

Siempre he creído que es gran lástima que se celebre el sorteo de Navidad antes de Nochebuena; los españoles solemos ser muy ilusionistas, y no estaría de más cenar en amorosa compañía, con el *gordo* en la imaginación, y soñar después, á más de con labios golosos que nos besan, con talegos de plata (no hay oro) que nos sonríen... Con seguridad que anoche soñaron dulcemente con dichos talegos hasta las que no pudieron jugar arriba de dos reales.

La lotería, esa especie de bienestar nacional, celebrándose hoy, nos hace dormir con un desengaño; no ser rico y perder la esperanza de serlo hasta el año que viene es más que suficiente para aguar la fiesta de la alegría, del bienestar y del amor.

Apesar de no haber tocado á ustedes *el gordo*, ó *la gorda*, según dicen los catalanes, como no todo se reduce á dinero en este mundo, voy á deciros cómo pienso pasar la Nochebuena y que os sirva esto de programa:

Pienso, desde luego, hacer mucho gasto de luz; la luz es el encanto más seductor de una fiesta; cantar, reir, comer mucho y bien, beber más y mejor, brindar por los ausentes de mi cariño, dar al traste con todo motivo de disgusto... y ¡amar! eso

NUESTRAS ARTISTAS



¿....?

ante todo, sobre todo y después de todo, ¿puede haber algo mejor?

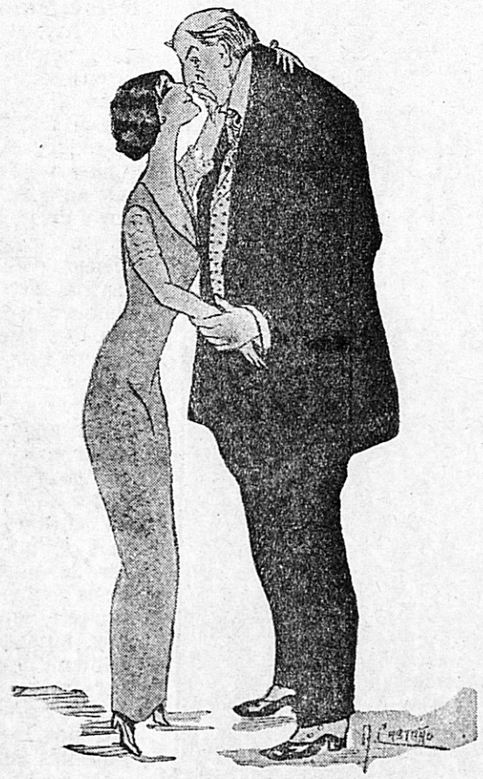
¡Imitadme¡ Huid de todo lo que no inspire deseos de vivir y ganas de reir! Desterrad toda filosofía trasnochada; pensad en que como afirma la copla

la Nochebuena se viene,
la Nochebuena se va...
y es bueno pasar la vida
entre reir y cantar.

Elevad el ánimo á las regiones de la alegría y del amor y ¡á vivir! Esa es la felicidad; ese es el gran misterio del Mundo entero...

Candelaria Medina.

CONVUGALERIAS



Ella.—¡Qué alegría! Antes de cuatro meses, hechos unos papás...

El.—¡Pero si aun!...

Ella.—No importa. Es que los chicos de ahora son muy precoces.

LOS JUGLARES (1)

ACTO SEGUNDO

ESCENA SÉPTIMA

PISTOLETA (SEÑOR CHICOTE)

Murió de tercianas el conde Clemente,
caudillo esforzado, glorioso y valiente,
que en rudos combates probó su fiereza
haciendo al contrario doblar la cabeza.
Murió, como digo, pues es ley divina
que á todos, al cabo, nos toque la china,
y el alma, dejando la vil envoltura
que forma la carne grosera é impura,
voló hacia las altas etéreas regiones,
que forman luceros y constelaciones.

BARÓN

¡Pues si que volaba!...

PISTOLETA

Señor; si os es grato,
dejadme que humilde prosiga el relato.

(Pausa. Callan todos. El BARÓN DE TORREBRAVA hace seña al juglar de que continúe. PISTOLETA se inclina profundamente y sigue su relación en medio del mayor silencio.)

San Pedro, el portero que el Cielo tenía,
dejó entrada franca por la portería,
y al ver á Clemente rascóse la frente
como recordando quién era Clemente.
—Señor — dijo el Conde — yo soy fulanito,
que vengo á buscaros lloroso y contrito.
Y el Santo le dijo: — ¡Caramba, lo siento!
Pues coge una silla, descansa un momento,
y puesto que aspiras á entrar en la gloria,
con pocas palabras refiere tu historia.
Tomó asiento el Conde, miróle muy fijo,
y desta manera se dice que dijo:
—¡Que Dios me castigue ceñudo y airado
si no vengo limpio de todo pecado!
Mi vida fué siempre cristiana y austera:
¡mi patria, mi acero, mi fe y mi bandera!
—¿Y en cuanto á mujeres?...
—En cuanto á mujeres,
ya digo que nunca falté á mis deberes,
y puedo juraros que, por mi fortuna,
jamás me he dejado tentar por ninguna.
Tal hice en mis años. ¡En cambio, mi esposa,
las gentes afirman que ha sido... otra cosa!
—¿Tu esposa?... ¡Qué escucho!
—Dispuso mi estrella
que infames calumnias cebáranse en ella,
y tal me dijeron y tal me contaron,

(1) Obra escrita por nuestro ilustre amigo Asensio Más, en colaboración con Fernández Shaw, y estrenada recientemente con gran éxito en el teatro Cómico.

y de tal manera me soliviantaron,
que entré en el castillo con furia salvaje...
y en su dormitorio la ví con un paje.
Dí un grito, temblaron, no quise perderlos...
¡y dando un portazo me fuí por no verlos!
Así habló; y callándose el conde Clemente
miróle San Pedro tristísimamente,
y dijo, teniendo presente la historia:
—Pues, hijo, no puedes entrar en la gloria;
y ya que en el Limbo pasaste tu vida,
¡al Limbo te debes marchar en seguida!
Tal dijo, y la puerta cerró de repente;
lanzó tras la puerta la gran carcajada;
¡los dos se miraron á un tiempo la frente!...
y así acaba el cuento del Conde Clemente.

(Se inclina y saluda. El concurso aplaude.)

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.
RAMÓN ASENSIO MÁS.

¡COMO AQUELLA NOCHE!...

MIENTRAS la nieve revoltijeaba en las negruras de aquella noche de invierno, en el lar de la cocina restallaba alegremente la leña, y una gran llamarada esparcía su claridad por los ámbitos de la habitación.

Sentados en la perezosa, Mari Cruz y Pepe Juan charlaban. Tenían las manos juntas; y en sus ojos el fuego del lar no hacía más que ocultarles aquel otro fuego de amor en que ambos se consumían.

Hablaban muy quedo, como si temieran ser oídos... Y eso que estaban solos en la casa, sin temor de que nadie los importunase. Pero así son los novios: tienen miedo de que las paredes escuchen sus palabras.

Hablábanse con los ojos y con la boca. ¡Hacía tanto tiempo que no se veían así, solos! ¡Era tanta su pasión, que no se saciaban de cambiar frases y más frases!

Y, mientras, los robles encendidos amortiguaban sus resplandores y sus chisporroteos, amenazaban morirse helados, cubiertos con la ceniza, que es el sudario de la lumbre.

Apagábase la hoguera, y la pasión que animaba á los novios encendíase violenta. Los destellos del incendio de aquellas dos almas brillaron en sus ojos; al principio, con poca intensidad; después, como una explosión de luz que mutuamente les cegaba:

El fuego del alma se apoderó del cuerpo. las manos de los novios quemaban.

Jamás sintieron esta quemazón; nunca, al verse juntos, temblaron, ni por sus cabezas cruzaron ideas tan extrañas y enloquecedoras.

Inquietos y avergonzados, miraron á través de la ventana de cristales.

¡Qué triste el campo y el cielo! ¡Qué besos



El viejo.— Te gusta, ¿eh? También á mí me gustaba cuando yo tenía tu misma edad.

más silenciosos los que en tan negra noche enviaba Dios á la tierra! Besos que en el helado ambiente trocábanse en níveas mariposas que tardaban mucho tiempo en recorrer el espacio, como si dudasen de llegar á este mundo.

Y allá, en el lar, también la obscuridad iba cerniéndose: las brasas trocaban su encendida vestidura de rojo terciopelo por el fino manto de ceniza.

La locura de amor empujaba á los novios á que celebrasen el mismo maridaje de la ceniza y la brasa, de la nieve y la tierra.

Pepe Juan sentía miedo de sí mismo.

Mari Cruz temblaba: en el reloj de su vida, aquél era el cuarto de hora fatal que á todas las mujeres señala el destino con su impalpable manecilla.

Él tuvo un heroismo: recobrar la voluntad, que escapaba de su ser como escapa del nido la paloma atraída por un ave de rapiña.

—¡Adios, Mari Cruz! — dijo denodadamente.

—¿Te vas?—preguntó ella, sorprendida, levantándose súbita, como si despertarse de una pesadilla.

Y en el timbre de su voz había algo de queja, de reproche, de desencanto, de ilusión desvanecida brutalmente.

—¡Sí!

—¿Con la noche que hace?

—¡No importa!

Y el joven recogió su sombrero y su bufanda, abrió la puerta, y pocos momentos después oyóse el chascar de sus zapatos sobre la nieve.

Mari Cruz volvió á caer perezosa, murmurando con la ingenuidad de una niña:

—¡Dios mío! ¡Se ha marchado!...

II

Ved lo que es la vida.

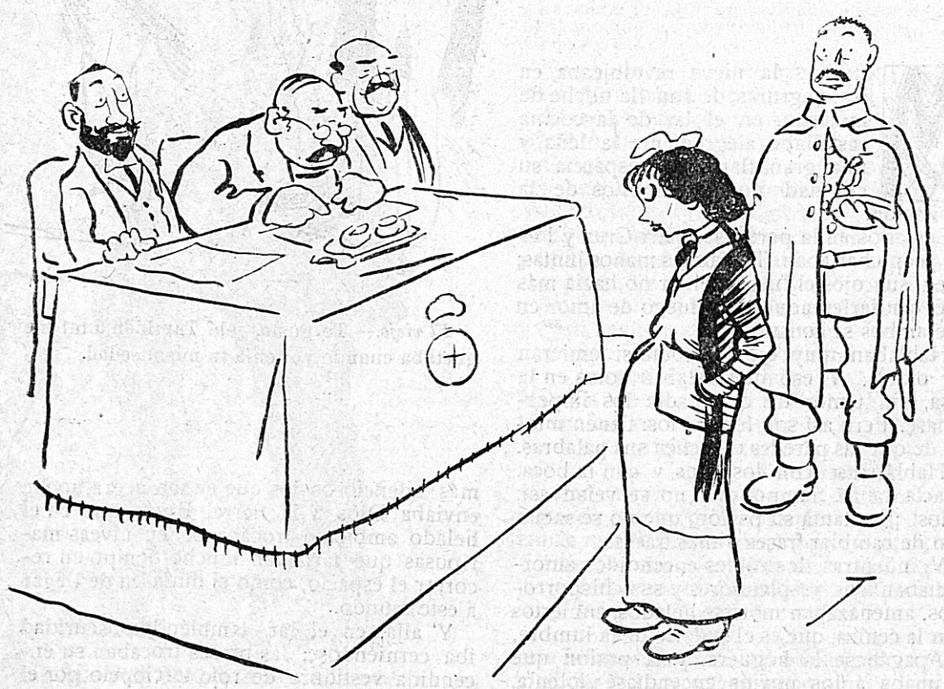
Mari Cruz se ha casado con otro, que no es Pepe Juan.

Y al día siguiente de su boda, al recibir las enhorabuenas, pensaba con melancólica complacencia en aquella noche de nevada.

—¡Como aquella noche, ninguna!...

Alejandro Larrubiera.

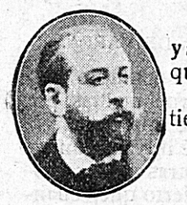
DE MENOR CUANTIA



El presidente.—¿De modo que el periódico dijo eso de usted?
La ofendida.—Sí, señor; pero yo me conformo con cinco duros

EN CASO DE FLAGRANTE ADULTERIO

¿CUAL CREE USTED QUE DEBE SER LA ACTITUD DEL MARIDO?



Debe extrañarse. Y después ya puede hacer lo que quiera.

Pero si no se extraña, no tiene derecho para nada.

MANUEL LINARES RIVAS.

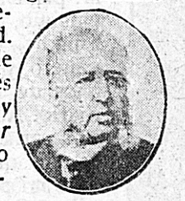


Creo que esa actitud depende del temple de cada hombre, de su sensibilidad, de su cultura, de muchísimas condiciones que accionan de súbito en ese momento. Yo creo que echaría por el lado de Otelo.

SALVADOR RUEDA.

•

¿Que cuál debe ser, en mi opinión, la actitud del marido en caso de flagrante adulterio? Pues muy sencilla y brevemente se lo diré á usted. «Matar á él en presencia de ella, y luego á ella después que haya pasado un ratito y enterádose bien de que, *por lo menos* con aquel *socio*, no se la vuelve á pegar al marido.»



TOMÁS LUCEÑO.

Soy viudo y no pienso reincidir, y como por otra parte no espero que me caiga la breva de que se me entregue una casada, la cuestión no ofrece para mí importancia desde ningún punto de vista.

¿Y la defensa de los fundamentos sociales? añadirá alguno: *¡Manduco me flumen illorum!*, que dijo el clásico.



ANICETO LLORENTE.

•

Ante todo una recusación: Los solteros no tienen personalidad moral en esta encuesta. Es un aspecto del honor que ellos necesariamente desconocen. Es como si yo fuese á discutir el celibato con el arzobispo de Toledo.



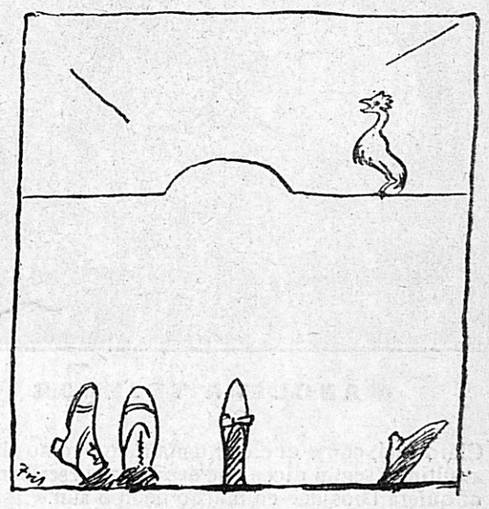
En mi labor de periodista he visto desfilar por el juzgado de guardia algunos centenares de maridos que van á reclamar que sorprendan á sus esposas «in fragantis.» Cuando hecha la comparecencia, se retira el denunciante, ¿saben ustedes lo que haciendo un guiño malicioso, suelen decir los jueces?: «Ese ha venido en busca de la *patente*. Hay muchos *reflexivos*.»

Lo indudable es que de cien casos, en noventa y ocho, la culpa es del marido.

Si es así, no tiene derecho á nada. En los otros dos tiene derecho á todo.

EDUARDO ROSÓN.

NOCHES DE NOCHEBUENA



EL AMANECER DE LA PASCUA



El confesonario

LA "PRECIOSILLA,,

Sr. Director de LA HOJA DE PARRA.

Mi querido amigo: Cumplo fielmente su encargo, pero á medias, porque le escribo, sí, pero una carta.

Cien veces intenté hilvanar un articulillo, y fracasé otras tantas. Estoy, pues, convencida de que no puedo. No sé lo que me pasa, pero es lo cierto que, cuando voy á empezarlo, las ideas que me bullen dentro, desaparecen, se disipan, vuelan. En cambio una carta, por larga y complicada que ella sea, si la sé redactar.



MANOLITA TEJEDOR

Me enseñó, sin él pretenderlo, mi primer novio (á quien quise muchísimo, dicho sea de paso; más que á nadie), que era un maestro en el género y que vivió muchos meses lejos de mí, escribiéndome casi á diario. Además, entre un artículo y una carta encuentro yo igual diferencia que entre cantar *couplets* ante mi profesor y cantarlos en público. Como en el primer caso canto sólo para uno, lo hago con más tranquilidad y mejor, pongo mayor afinación en mis gorgoritos. Por el contrario, en las tablas dirigiéndome á tantos hombres (las mujeres no me preocupan, ni en el teatro, *ni en ninguna parte),* que, hasta que rompe el primer aplauso, me parecen ogros (esta palabrita la aprendí hace poco leyendo un artículo de *El Liberal,* y no dirá usted que no soy minuciosa en mis confesiones); me descompongo, se encalabrinan mis nervios y hasta suelto algún gallo, que amenaza mi reputación (!!!).

Pero basta de exhordios, que es corto el espacio de que dispongo, y grandísimo mi afán de confesar todo lo confesable.

De amores tendría mucho que contar, mucho y sabroso, y algo, lo que á mi me parece más interesante, diré.

Quise antes que á nadie, y más que á ninguno, á mi primer novio. Claro está, como que con tanta fuerza como al primero no se vuelve á querer, como no sea al último, según dicen ustedes los que escriben; pero de eso no puedo yo certificar todavía, ni quiera Dios que en mucho tiempo aún.

Cuando nos conocimos, él era estudiante; yo, modista. Duraron nuestras relaciones (gran parte de cuya historia entra en el terreno de la verdad, claro está) aproximadamente lo que duró la carrera de médico que él seguía: cuatro años.

Nos prometimos mutuamente grandes cosas: querernos siempre, no separarnos nunca ¡qué se yo!... Hasta me habló de la boda con tanto entusiasmo y tal aire de sinceridad el muy *indino*, que confiadísima, no tuve yo inconveniente en «adelantar los acontecimientos»...; pero no por eso se casó..., es decir, no se casó conmigo, que era lo importante; con otra seguramente sí, porque los hombres cumplen ustedes, á veces lo prometido; pero casi nunca en la forma que lo prometieron.

Entonces, desengañado de los hombres (ese desengaño que pasa y se renueva cada día), sentí por primera vez vocación de artista y en llegar á serlo, puse todos mis amores y mis entusiasmos.

Debuté de bailarina y hasta figuré en el coro del teatro Real. Conservo de la Redondilla recuerdos muy gratos.

En Barcelona (donde he tenido grandes éxitos como artista y como mujer) sintió por mí tan gran pasión un muchachito romántico, de esos que gustan del amor platónico, que «loco de desesperación por mis desdenes» (así me decía en la carta de despedida que me escribió), se pegó un tiro.

Sentí, y aún siento cuando lo recuerdo, hondísima pena por él; pero no pude remediarlo; primero, porque ignoraba que me quisiese tanto y, después, porque como decía Cervantes por boca de la pastora Marcela (advierta á usted que soy algo leída) «pudiera á acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo...»

Tengo muchos amigos (todos los que en el teatro donde trabajo me aplauden) y me gusta cultivar las amistades, por aquello de que hacen falta hasta en el infierno y, sobre todo, á una artista.

De todas las clases sociales llegaron á mí ofreciéndome su amor: diputados jóvenes, senadores serios (á veces estoy muy enterada de las «interioridades de la política»), militares, artistas, escritores, etc.

Como nota íntima final, confesaré á usted que soy muy apasionada, pero no de uno sólo, sino de muchos. No sé cómo me las arreglo, pero es lo cierto que siempre estoy *enamoradísima* de tres ó cuatro.

En cada población que visito (y he visitado muchas) dejo un novio, ó lo que sea, y siempre es al último á quien me parece que quiero con más fuerza. Ultimamente he estado en París, y hasta allí he dejado semilla: un francesito á quien no comprendía ni una palabra cuando me hablaba, pero que sabía muy bien hacerse entender de otra manera; que no sólo para hablar sirve la lengua, y en ese particular soy yo políglota.

Y nada más, querido amigo. Podrán mis Confesiones no ser interesantes ni estar brillantemente expuestas; pero de lo que no puede usted dudar es de la sinceridad con que le han sido hechas por su afectísima,

Manolita Tejedor

PRECIOSILLA



—No me negarán ustedes que soy un gran lechero.

LA VIRTUD DE PERICO ABAD

I

AS de un vivir tumultuoso, de gozo y de desorden, Perico Abad, marqués de Nueve Torres, decidió terminar con su libertad de célibe epicúreo, uniéndose en «lazo indisoluble» á Purita Vargas, hija exclusiva y heredera de los condes de Hordiz.

La noticia, difundida en *El Imparcial* por Monte-Cristo, fué algunos dias comentario



—Mamá, cómprame figuras para el nacimiento; pero que no sean tan malas como las del año pasado. La virgen no duró más que la primera noche.

único en los Círculos aristocráticos. Perico Abad era cincuentón y estaba muy gastado... Purita Vargas, noble y rica, hallábase en la plenitud de su hermosura...

Nueve Torres, una noche después de cenar en la Gran Peña, explicó su decisión á algunos camaradas. Su ejecutoria hacíale descendiente de reyes y virreyes, de militares valerosos y de prelados casi santos, y si él no se casaba iba á perderse todo. Más que la codicia y la hermosura de Purita, llevábale á aquel matrimonio el deseo de que su nombre mil veces ilustre no acabase.

II

Santificóse al cabo la unión de los dos nobles, y transcurridos de ella cinco años, ni la pasión y los excesos de los primeros meses ni el tesón y laboriosidad que les siguieron, tuvieron el resultado apetecido. La ejecutoria de los Nueve Torres acababa...

Tan peregrina circunstancia tenía á Perico Abad muy grande y justamente disgustado. ¡Estar sacrificado para eso! Convencido, por fin, de que su consecuencia de marido resultaba estéril, dejó que poco á poco despertase en él su espíritu enamoradizo y codicioso de otro tiempo, y se prendó de una de las doncellas de la casa...

Fué un amor insistente y raro el de Perico Abad. La muchacha le rechazó, digna, algunas veces; pero, avara y vanidosa, las dádivas presentes y los ofrecimientos para más tarde que hacíala Nueve Torres, la rindieron.

Una tarde, por fin, Perico Abad consiguió en su despacho que la doncella le citase para aquella noche en el jardín, tras de un macizo.

Pero la previsión no estuvo esta vez con los enamorados. Purita Vargas, oculta tras de una cortina, y el ayuda de cámara, desde la alcoba de Perico Abad, lo oyeron todo...

La marquesa de Nueve Torres, sobreponiéndose á la sorpresa, se contuvo. El criado, percatado también de todo, procuró salir sin que le vieran...

Cuando llegó la noche, Purita Vargas llamó á su alcoba á la doncella, que acudió presta y recelosa. Díjola que la esperase allí y salió.

Poco después, en el lugar que Perico Abad y la doncella se citaran, crujían holladas bajo dos cuerpos las hojas secas...

III

Pasados algunos meses, los Nueve Torres sorprendieron á sus amistades con el anuncio del natalicio de su primogénito.

Era un nene rollizo y hermosote al que Perico Abad, cristiano y bueno, recibió como una recompensa que el Todopoderoso le enviaba por su virtud, no acudiendo aquella noche á la cita pecaminosa del jardín...

F. Gómez Hidalgo.

Cuando dirigía mis pasos á los cafés cantantes, no tenía que fingir nada.

Llegaba á casa completamente «ajerezado», unas veces pagando al contado, otras quedando á deber, y las más, convidado por amigos ó simplemente «admiradores», que encontraban más sabroso el N. P. U. ó el Agustín Blázquez, si al dia siguiente podían decir:

—¡Vaya una «juerga» que corrimos anoche Fulano, Mengano, Ontiveros y yo! ¡Nos bebimos 36 botellas entre los cuatro! ¡¡Cómo nos divertimos!!

¡Mentira! Ni nos bebimos lo que se pagó, ni hubo tal diversión.

Hubo, á todo tirar, una especie de Carnaval comprimido y «reprisado» en un cuarto mal oliente y peor ventilado, donde se canta, se baila, se bebe y se grita hasta parecer locos. ¡Parecer locos! ¡El ideal de los tontos!

Para ser loco es indispensable, á mi modo de ver, tener talento y que éste se desborde.

El talento se «desborda», la tontería se «filtra».

En los cafés cantantes, lo que más abunda son los tontos, y por consiguiente, las filtraciones, que van á parar irremisiblemente al cajón del mostrador, al papel sellado ó á la usura.

Yo he visto mil veces á las artistas y á las camareras cambiar botellas vacías por llenas, sacar las bandejas rebosando vino y los «chatos» casi llenos, derramar el contenido de éstos sin ton ni son, fingiendo broma ó impremeditación, y sobre todo, beber, aunque sea sin gana, con tal de que pague mucho el parroquiano.

hasta poder competir con un Museo en cantidad y yo sin poder cogerle á la *Niña* ni el estilo.

El torero no sé si saldría mejor parado, lo que sí sé es que no se dejó banderillear (1). En cuanto á torear él, si no pudo en aquella plaza, contratos le sobraban en otras y sin perder facultades.

Después de una ausencia, y cuando ya el *Niño Torres* se había encargado de ampliar los conocimientos artísticos de Pastora, una noche, después de hacerme contar cuarenta ó cincuenta cuentos verdes, acordamos Torres y yo acompañar á la *Niña* á la cura en una clínica del barrio de Argüelles.

Sacó el número, y como tuviera que esperar más de una hora á que le llegara el turno, nos fuimos á un kiosco que había en el paseo de Rosales, frente á la bajada del paso á nivel de la Florida, donde hacía un frío horroroso.

Había nevado, y el aire del Guadarrama nos helaba hasta las palabras.

Para distraer el frío, rebuscamos el contenido de los bolsillos, y yo encontré lo bastante para comprar longaniza y pan. Manolo Torres pagó el vino y ellas el café.

Durante aquel desayuno, Manolo, á quien le iba molestando mi presencia, sobre todo si se reían con algo que yo dijera, me enseñó varias veces el revólver y, fruncido el ceño, me dió á entender que si quería evitar un disgusto entre los dos, no volviera á formar parte de aquella

(1) Banderillear, en el argot de café cantante, es cobrar de más.

LA REDONDILLA

EL viejo blanco entra despacio con la seguridad en sí mismo de quien ha visto envejecer á la niña que ha dejado en las butacas, en casa ó en su nicho, abrigada bajo la densa lápida en que hay escrito un «su desconsolado esposo», admirable y llorón...

Hay un revuelo en la *redondilla* y alguna bailarina se esconde... «¡Ya viene el viejo!» se han dicho unas á otras para estar alerta y han retrocedido...

El viejo blanco se acerca á la morena de los brazos flacos ó á la rubia de la cicatriz que tiene las más blancas vacunas de todas... El viejo blanco baja la cabeza y sonríe, mirando el descote de la bailarina, asomado al brocal de su corpiño que las viene siempre ancho, ahondado en el por que «para un viejo una niña tiene el pecho de cristal...» Parece rejuvenecido, quizá por que una pechera de frac reforma y ennoblece una panza aunque se arrugue un poco... La bailarina se hace más pequeña que de costumbre junto al viejo blanco, porque un hombre que lleva sombrero de copa parece andar con zancos, y la pequeña coincide con sus ojillos y con su boca, como frente á una golosina, con el botón de brillante que tiene el viejo blanco en el ojal del ombligo... Parece que se lo va á tragar como un caramelo de los Alpes y que va á decir, enseñando las manos, que ella no ha hecho nada...

El viejo blanco se inclina cada vez más y su «copa» parece ir á caer. La bailarina se achica más porque cruza demasiado en X sus piernas jorobadas, con ese gesto tan bailarinesco y tan inimitable... Le escucha silenciosa, timándose con el brillante del ojal del ombligo, que la guiña cínicamente el ojo como un Mefistófeles de ópera y al que ella mira más que á los ojos viejos, porque los viejos blancos pueden tener nariz, botonadura, sortijas, cadena de reloj, reloj, barba larga, ¡pero ojos!... los ojos en un viejo son ya sólo una cosa convencional y huera...

Alrededor de los viejos blancos y de su pareja, los jovencitos negros hacen una misma promesa á las otras bailarinas y hacen esfuerzos por adivinarlas porque para ellos es más opaca su carne y su pecho... Ellas no les creen, pero á veces les regalan honestamente un pegón, como una piedra preciosa, como un *granate oriental*, para que se hagan una sortija... Una con la boca pintada en el centro sólo mira al suelo, como yendo á creer lo que la dicen, un poco mareada y un poco desmayada por el blanco de las amplias pecheras que desvanece la cabeza de las mujercitas cándidas, como la nieve la de los pájaros... Otra, con los pechitos en punta, rompiéndose por la cintura para hacer más altiva y más embestidora la teztuz de su busto, acuerna con sus pechos las duras pecheras y sonríe de verlos tan clavados, tan agudos y tan monos... Otra, sentimental y adorable, la de las ojeras más naturales, los ojos más

VILLANCICOS



La Nochebuena
no es noche de dormir...

blandos y la boca más buena, con los ojos á salvo de todo, muy lejanos y muy azules, se deja coger las manos que por pudor están frías de resignación, pues á veces como una mártir de esas mártires que se las dejaron cortar, ella, para que la dejen en paz, parece que las entrega, de una vez para siempre, para no volverlas á pedir ya nunca, pues se siente sin voluntad, poco cansada y un poco dichosa de tantas noches de *redondilla*, muy llena de la violencia y el estrago de toda la luz encajonada allí, de aquel gran espejo y de tantas pecheras almidonadas... Otras pasan como un *buscapiés* por debajo de todos, y casi todas parecen enloquecidas como si sintieran unas atroces cosquillas en las plantas de los pies.

Las hay con gestos de floristas, con gestos de niñas que esperaban á papá en el reci-

Como que hay siempre «artistas» contratadas que sólo saben «jalear», beber mucho y dejarse pellizcar en «salvas sean las partes».

Pero que no pasen de ahí, porque al terminar la sesión, sus cuerpos no están dispuestos más que para vomitar, arañar ó dormir. Además, salen acompañadas por sus madres ó «sus hombres» casi siempre.

Pues se creen las desgraciadas que tienen mucho talento y que explotan los tontos en beneficio propio.

Nada de eso, cándidas palomas. De los tontos sólo sacaréis filtraciones, manchas y hasta cardenales, si traen mal vino los «paganos».

Pero creo que en esta ocasión el que se filtra soy yo.

Dejemos este caso de la «trata de blancas» á los redentores, no salga yo crucificado. Contaré algunos incidentes con artistas del «género flamenco», empezando por la *Niña de los peines*.

Conocí á la actual reina del *cante* en el café que hubo en la calle de la Montera. Entonces sólo cantaba en público el tango que la dió el apodo; no porque los «peines fueran de canela», sino por el modo de cantarlo.

A un novillero de los buenos, hoy gran matador de toros, y á mí, nos gustaba tanto escucharla, que todas las noches, previo consumo de unas cuantas botellas, la secuestrábamos para oirla solos y con «fatigas».

Esto de solos es un decir, pues nunca la perdía de vista su madre, amén de un primo «bailaor», el tocador y acompañamiento de camareras y estrellas de menor cuantía.

Excuso decir que si su madre no la perdía de vista, nosotros tampoco la perdíamos... ni de vista ni de tacto. Este sentido, además de costarnos un «sentido», sobre todo al diestro, nos valía á cada «falseta» una llamada al orden por parte de la vigilante madre.

—¡Pastora! ¡¡Don Tiberio!!...

—Madre: Si no es Don Tiberio, si es Ontiveros. ¿Cuándo aprenderás á hablar?

—Yo no sabré hablar; pero él no sabe estarse «callao» con las manos, y tú no has nacío pa breva. ¡Pues hijo! El día menos pensao te van á tirar...

El espada y yo decíamos á la vez:

—¡No podemos, no podemos!

—Dejarme de acabar el concerto. Que te van á tirar á la paré y te vas á quedar pegá.

—Señora—decía el matador—. Si su hija se parece algo á esa fruta, es en que canta como el *Breva*.

LA NIÑA *(ruborosa)*.—No tanto, no tanto.

LA MADRE.—¡Miala! Qué «güeca» se pone. ¡Parece que has comío esponjas!

UNA.—Sal por soleares, Pastora.

EL PRIMO.—Una chufla es mejor.

OTRA.—Por Málaga.

YO.—Granadinas.

EL MATADOR.—Tientos, tientos.

PASTORA.—Cayarse malanges, que pedís más que una estudiantina.

EL TOCADOR *(imponiéndose)*.—Señores: Vamos á escuchar. *(Palmas, cante, toque, vino y tientos)*.

Este cuadro, con ligeras variantes, se repitió